

"MAQUIAVELO: SU FORMA DE CONCEBIR LA HISTORIA"

Elba Liliana Cilveti

Para comprender la concepción que Maquiavelo tiene de la Historia es indispensable pensarlo dentro del marco de los acontecimientos históricos y de la cultura de su época. Después de leer y estudiar su obra, no sólo la histórica sino su producción en general, no podemos negar que es un historiador fuertemente influenciado por el contorno histórico cultural que le tocó vivir.

La Europa de los siglos XIV a XVI presenta una serie de notas tan típicas y originales en el orden de lo histórico y cultural que nos permiten caracterizarla como una época diferente.

A los elementos procedentes de la Edad Media se suman otros nuevos, cuyo resultado es una ampliación de horizontes y una profunda transformación en las condiciones de vida y modo de pensar de los pueblos europeos.

En el ambiente y en el nuevo espíritu que se define en la Europa de los siglos XIV y XV brota un conjunto de corrientes muy diversas y hasta opuestas, pero todas confluyen a un profundo cambio en el pensamiento de los siglos posteriores. En pocas palabras, lo que ha cambiado es la concepción del hombre y de la vida.

Entonces, no podemos entender a Maquiavelo separa-

do de la Italia de los siglos XV y XVI ni del movimiento renacentista. El es, en gran medida, un producto de esa Italia y de ese Renacimiento. Cabe aclarar que el movimiento renacentista como fenómeno cultural es sólo un aspecto de un fenómeno histórico más complejo, como hemos señalado, que se pone en evidencia a través de cambios en lo político, social, económico, religioso, científico, artístico y literario.

Es una época en que se produce el abandono de ciertas pautas y normas, de ciertos principios fundamentales propios de la visión mística y teológica que de la vida tuvo el hombre medieval, y que desembocará en el racionalismo desenfrenado del siglo XVIII.

Respondiendo a la nueva visión antropocéntrica que en esta época se gesta, y acorde con la nueva cultura humanista, racionalista, naturalista y en camino de una progresiva secularización, tendremos también una historiografía renacentista con características tales que la alejan de las producciones históricas de la época medieval y la acercan a las creaciones historiográficas de la antigüedad. Nos dice Croce:

"La negación de la trascendencia cristiana fue obra de la época del Renacimiento, cuando... la historiografía se secularizó".¹

En efecto, el historiador renacentista abandonará la concepción de la trascendencia cristiana que caracterizó a la época medieval y que dio lugar a una historiografía profundamente religiosa. Ya no interesa el fin trascendente del hombre -que no se niega-; ahora la preocupación sustancialmente humanista será la investigación acerca de la vida terrena exclusivamente. Se ha producido, entonces, una secularización en el campo de la historia, acorde con la secularización de la cultura renacentista.

Se abandona la concepción teológica, pero también el interés por la historia de la Iglesia, la vida de los santos

¹ CROCE, Benedetto. Teoría e historia de la historiografía. Buenos Aires, Escuela, 1955. p. 183.

y sobre todo por la milagrería que en gran medida empañó las historias medievales. Resulta, pues, muy natural que la nueva forma de la historiografía produzca un retorno a la antigüedad greco-romana, retorno que se expresó en el culto de la antigüedad clásica, y en todas las otras manifestaciones literarias, artísticas, morales y de costumbres. Al respecto nos dice Croce:

"... el documento y el monumento mayor... del retorno fue la formación del tipo humanístico de la historiografía, opuesto al tipo medieval. Este había sido predominantemente cronicista; y la historiografía humanística, aun aceptando el ordenamiento por años y por estaciones según los ejemplos griegos y romanos, eliminó todas las indicaciones numéricas que pudo, y se esforzó por transcurrir bien unida, sin cortes ni interrupciones cronológicas".²

Así, la crónica medieval es reemplazada por una nueva forma de historia política que trata en lo posible de evitar cortes cronológicos para dar visiones unitarias a la manera de los clásicos.

Sobre todo tratarán los nuevos historiadores de rescatar la vida política de los pueblos, que es donde ven desenvolverse el proceso histórico.

En este culto por lo clásico, los críticos y filólogos de la época dan valor de autoridad indiscutida a las obras de los antiguos al mismo tiempo que hacen objeto de la crítica más severa a los autores medievales.

El Renacimiento agrega al culto del mundo antiguo una nota propia: el culto del individuo. Nos dice Catlin:

"El residuo que queda después que el hombre del Renacimiento ha terminado su crítica del medievalismo, es el individuo, el superhombre de talento universal, el universale uomo, íntegro y equilibrado como una obra de arte, libre de inhibiciones derivadas

² CROCE, Benedetto. Op. Cit. p. 185-6.

de la conciencia socrática o eclesiástica".³

En efecto, la recuperación de la cultura antigua abrió el camino para lo que se ha llamado el "descubrimiento del hombre"; es decir, para una consideración puramente naturalística de la realidad, cada vez más desligada de los dogmas cristianos y de toda clase de religión positiva.

Este tipo de historiografía, así como la nueva erudición y crítica filológica es un fenómeno italiano. No exclusivamente, pero sí fundamentalmente italiano, ya que en Italia surge y se desarrolla con mayor fuerza y originalidad a través de destacadas figuras.

Son italianos los grandes precursores de esta línea de historiografía humanista: Guicciardini y Maquiavelo. Ambos integran una de las corrientes típicas de la época: la llamada Escuela política florentina.

Cambios ocurridos en toda Europa produjeron como cosa natural cambios paralelos en la reflexión política. Y en los años iniciales del siglo XVI, ese cambio se resume en la figura de Maquiavelo. Ningún hombre de su época vio con tanta claridad la dirección que estaba tomando en toda Europa la evolución política. Por otra parte, nadie conocía Italia tan bien como Maquiavelo.

Haremos algunas consideraciones sobre esta corriente historiográfica que nos adelantarán muchas de las características de la obra de Maquiavelo.

En Florencia, a fines del siglo XV y comienzos del XVI, surgen historiadores que exhuman el pragmatismo político de los clásicos y lo llevan a la exageración. Son historiadores preocupados por lo político, o mejor, políticos que recurren a la historia para buscar lecciones de política. Florencia se halla en una grave encrucijada y el momento es propicio para las especulaciones sobre el destino político de la ciudad, basadas en el ejemplo de la historia.

Nos cabe la pregunta acerca de la situación histórica que tanto influye en la obra de los historiadores florentinos, en la de Maquiavelo sobre todo. A despecho del fabuloso

³ CATLIN, George G. Historia de los filósofos políticos. Buenos Aires, Peuser, 1956. p. 217.

momento cultural que Italia vive, su situación política no puede ser más caótica. A pesar del sentimiento de italianidad que denotan muchos italianos ilustres, Italia, es un mosaico de diferentes estados entre los que se destacan los cinco principales: Milán, Venecia, los Estados Pontificios, el reino de Nápoles y Florencia. Además de ellos existe una multitud de estados pequeñísimos que se debaten por subsistir a cualquier precio eludiendo el avance amenazador de los grandes estados italianos.

Pero esta pulverización territorial y política no es el único mal que aqueja a Italia. La Italia dividida y anarquizada es presa además de las grandes potencias extranjeras. En el paisaje político europeo en los comienzos de los tiempos modernos, el contraste con la Italia desunida lo marca la existencia de tres grandes monarquías nacionales, consolidadas y convertidas en grandes potencias: España, Francia, Inglaterra. Dos de ellas -Francia y España- no permanecen indiferentes a la tentación de prevalecer en esa Italia fácil por su anarquía política, y tentadora por el brillo de su cultura y su espléndida situación económica. No olvidemos que las ciudades italianas son prácticamente las más ricas de Europa.

Los estados italianos luchan, pues, no sólo por prevalecer unos sobre otros, sino también por subsistir frente a la amenaza de las grandes naciones extranjeras que luchan entre sí en el mismo territorio italiano.

Florencia, la rica y espléndida Florencia, vive como pocas el drama que afecta a las ciudades italianas. Interiormente había sido devastada por las luchas de sus facciones internas, hasta que en 1434 cae bajo el poder de la familia de los Médicis. Esta familia de orígenes oscuros, enriquecida gracias a la banca y al comercio, va a dominar a Florencia por largos años y la ciudad vivirá bajo este dominio un brillante esplendor económico y cultural, sobre todo en la época de Lorenzo el Magnífico que hace de Florencia el centro del Renacimiento italiano.

Pero Florencia se estremece y tambalea cuando se produce en 1494 la invasión a Italia de Carlos VIII de Francia. Esta invasión sacará en alguna medida a los estados italianos de su localismo y les hará jugar en las cuestiones

internacionales de su época. Pero en Florencia, además, la invasión francesa provocará la caída de los Medicis y el establecimiento de la república. Una república joven, inmadura, improvisada. Es necesario dotarla de una nueva y estable organización. El momento no puede ser más propicio, pues, para que se insista en especulaciones en torno a la mejor forma de gobierno que convenga a la flamante república florentina.

Domina entonces una preocupación política que alcanza a los historiadores y se refleja en la historiografía, que buscará en la historia el ejemplo del pasado, las sabias lecciones de política que la ocasión exige. Los maestros serán los clásicos, a ellos se apelará para encontrar los fundamentos de sus deducciones políticas.

Justamente cuando se produce la expulsión de los Médicis y el establecimiento de la república florentina, comienza su carrera política Nicolás Maquiavelo.

Contra lo que podría creerse, no fue Maquiavelo un personaje importante en la política florentina de su época. Fue sí un hábil funcionario que participó como tal en la conducción de las relaciones internacionales de Florencia a cuyos organismos pertenecía en calidad de secretario. Nunca llegó a embajador pero participó en muchas embajadas. Su vida es la de un oscuro funcionario pero logró conocer íntimamente la vida política de Florencia, de Italia e incluso de Europa, lo hemos dicho ya, que lo dotará de un bagaje de conocimientos y experiencias que se reflejarán en su obra política e histórica. No olvidemos que Maquiavelo será historiador, pero un historiador político y a la vez un político práctico.

En 1512 las vicisitudes de la política florentina e italiana llevan a la caída de la república y al retorno de los Médicis. A pesar de que Maquiavelo no es una figura de importancia, está demasiado comprometido, a los ojos de los Médicis, con el régimen anterior. Se interrumpe así su carrera política en momentos en que ésta se encaminaba con grandes perspectivas de éxito. Maquiavelo es despojado de sus cargos y después de haber sufrido incluso las humillaciones de la cárcel, se refugia en su retiro de San Casciano. Se ha interrumpido su vida pública pero

comienza la gran etapa de su creación intelectual. La mayoría de sus obras importantes fueron escritas en su refugio de San Casciano.

Para conocer a Maquiavelo como historiador, para llegar a captar en su profundidad el pensamiento histórico que fundamenta no sólo su obra histórica sino también la política, se deberá recurrir a todas sus obras y prescindir de clasificaciones artificiosas a las que se ha llegado por un excesivo prurito de rigor metodológico.

No es difícil encontrar clasificaciones puramente externas que agrupan en tres clases sus obras: las literarias, las políticas y las históricas.

La Historia de Florencia es la de mayor envergadura historiográfica, la más estructurada, la que presenta materiales históricos más elaborados, sin embargo las mayores sugerencias sobre los fundamentos de su pensamiento histórico las encontraremos en sus llamadas obras políticas: en *El Príncipe*, y sobre todo en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, e incluso en sus obras estrictamente literarias donde podremos alcanzar, como en *El asno de oro*, una visión más acabada de su concepto de la naturaleza humana.

José Luis Romero, acerca de esta cuestión, nos dice:

"[...]narración histórica y sistemática política no son sino dos polos de una misma preocupación que atraen hacia sí, indistinta y permanentemente, los materiales históricos para organizar en ese juego pendular -y no alrededor de uno de los núcleos- una profunda y estructurada concepción de la vida histórica que satura su obra estrictamente historiográfica, que nutre su reflexión política, y que subyace, todavía, en el satírico de *La Mandrágora o Clizia*".⁴

Estas aclaraciones sobre el carácter de su obra

4 ROMERO, José Luis. Maquiavelo historiador. Buenos Aires, Editorial Nova, 1953. p. 62.

nos permiten afirmar la existencia en ellas de una profunda y coherente concepción de la vida histórica, que si bien no fue deliberadamente expuesta y sistematizada, subyace como trasfondo de toda su obra y se manifiesta no sólo en observaciones aisladas sino en todo el desarrollo de la narración.

A esta concepción de la vida histórica haremos referencia ahora, pero señalando primero cuál es el valor que tiene para Maquiavelo el conocimiento de la historia. En parte ya lo hemos adelantado al ubicar a Maquiavelo dentro de la corriente de historiografía política florentina. Maquiavelo no es un historiador en sentido estricto. No llega a la historia por la historia misma. Recurre a la historia, la usa. ¿Por qué? Porque el conocimiento de la historia es útil. ¿Util para qué? Para solucionar los problemas políticos que aquejan a su época. La historia como tal queda reducida a una situación de subordinación, es una mera auxiliar de la política. Hay en esta actitud pragmática una reducción de lo histórico a lo estrictamente político. En pocas palabras, es una historia pragmática que sólo vale por su utilidad política y que queda reducida en su contenido a lo puramente político y militar, ya que es en este plano donde Maquiavelo ve desarrollarse la vida histórica de los pueblos.

Escribe Maquiavelo en el prólogo de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*:

"Nondimeno, nello ordinare le repubbliche, nel mantenere gli stati, nel governare i regni, nell'ordinare la milizia ed amministrare la guerra, nel giudicare i sudditi, nello accrescere lo imperio, non si trova nè principe, nè repubblica, nè capitano, nè cittadino, che agli esempi degli antichi ricorra. Il che mi persuado che nasca, non tanto dalla debolezza, nella quale la presente educazione ha condotto il mondo, o da quel male che uno ambizioso ozio ha fatto a molte provincie e città cristiane, quanto dal non avere vera cognizione delle istorie, per non trarne, leggendole, quel senso nè gustare di

loro quel sapore che le hanno in sè".⁵

Se ve aquí el sometimiento que, a lo político, sufre lo histórico en Maquiavelo. En otro párrafo de los *Discursos* queda aún más marcado el carácter utilitario que adjudica a la historia:

"... ho giudicato necessario scrivere sopra tutti quelli libri di Tito Livio, che dalla malignità dei tempi non ci sono stati interrotti, quello che io secondo le antiche e moderne cose giudicherò essere necessario per maggior intelligenza di essi, acciocchè coloro che questi miei discorsi leggeranno, possano trarne quella utilità, per la quale si debbe ricercare la cognizione della istoria".⁶

Para Maquiavelo, la historia de los primeros siglos romanos es una historia privilegiada, más rica en enseñanzas que ninguna otra. Es esta historia la que primero debe conocer a fondo y la que debe iluminar siempre su pensamiento y su práctica. Se propone estudiarla según Tito Livio. Se entrega a la tarea de comentar la obra completa del historiador paduano. Pero la brevedad de la vida humana no le permitió sobrepasar los diez primeros libros. Conoce también, sin duda, la historia griega, y, mejor que la mayor parte de sus contemporáneos, la historia moderna de Europa desde la caída del imperio de Occidente; y conoce, en fin, la política europea, en la que ha participado. Pero ni la historia griega, ni la historia moderna, ni la crónica reciente, contienen una enseñanza igual a la que, para un hombre de Estado, se desprende del pasado romano. Maquiavelo, que disfrutó mucho al contemplar el mundo moderno, pero que conocía sus taras y debilidades, después de un largo periplo a través de Italia y Europa, volvió a buscar las enseñanzas de Roma.

Así se define la obra intentada por Maquiavelo.

5 MACHIAVELLI, N. Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio, en Il Principe e le Deche. Milano, Istituto Editoriale Italiano, s/f. p. 144.

6 Ibid., p. 144-5.

El problema planteado permanece a un nivel estrictamente político. El método es histórico, analógico, experimental, se funda sobre el hecho tal como lo da la historia. La historia griega y la historia moderna le permiten establecer, entre las instituciones romanas, las de Grecia y los Estados recientes, algunas comparaciones que ayudan a comprender el espíritu de unos y otros. El método de Maquiavelo se apoya, finalmente, sobre la experiencia. Lo que pudo saber, por la práctica, del gobierno de una ciudad libre y sus relaciones con los Estados italianos o europeos, le permite verificar en lo vivo las conclusiones que le sugieran las lecciones del pasado. De esta forma llega a desprender el gusto y el sabor de los hechos históricos. De esta forma se eleva poco a poco hasta los principios generales según los que se desarrollan necesariamente la sucesión y evolución de las formas políticas.

Entonces, en la historia romana, en la comparación de la historia romana con la historia griega y moderna, en la confrontación de las teorías que ha podido extraer de los hechos con los acontecimientos de los que ha sido espectador, Maquiavelo prosigue su estudio, se eleva a los principios generales, desciende de nuevo a la práctica. Ya hemos dicho que el problema que se plantea Maquiavelo se limita voluntariamente a la política. Emprende la tarea de definir los medios más seguros que, en el universal transcurso de las cosas, permiten fundar un Estado sólido y mantenerlo contra las amenazas internas de disolución, contra los peligros del exterior; conservarlo, detener su decadencia, reformarlo. Problema de arte político. En efecto, la política le parece dominar y mandar la economía y la vida social. Hay razones de salud pública que le imponen tomar este camino. Quien quiera salvar a Italia, o solamente a Florencia, debe, ante todo, construir o reconstruir la armadura del Estado. Lo primero, la política. Análogamente, el estudio científico de Maquiavelo se impone unos estrictos límites. Recae casi únicamente sobre el estudio de los hechos que parecen concurrir a la conservación del Estado. Al respecto, Sabine afirma:

"A pesar de lo clara y amplia que era su visión

de la política, Maquiavelo fue, de modo muy acusado, un italiano del primer cuarto del siglo XVI. Si hubiese escrito en cualquier otro tiempo y lugar, su concepción de la política habría tenido que ser distinta".⁷

Así, primeramente, y sobre todo, hechos de orden político: leyes, instituciones, constituciones, actividad del legislador, del hombre de Estado, del ciudadano; hechos de orden militar, estudiados no bajo su aspecto técnico especial, sino en las relaciones que mantienen con las necesidades de la defensa nacional y el espíritu de las instituciones; hechos de orden diplomático, estudiados no bajo su aspecto técnico y especial, sino en cuanto a las relaciones que se establecen naturalmente entre los Estados, según las necesidades de su competencia, de su equilibrio. Y hechos de orden religiosos. Pero Maquiavelo, escasamente informado de las religiones antiguas, poco accesible a los sentimientos e ideas que constituyen la esencia del cristianismo, sólo considera los hechos religiosos en las relaciones que mantienen con la política, y la religión como un medio subordinado a los fines del Estado.

Maquiavelo conoce la política, la legislación, la diplomacia, y cree conocer la guerra, pero conoce mal y desdeña la economía. Maquiavelo eligió a Tito Livio y Polibio como maestros de sus estudios históricos. Y en el estudio de la historia olvida lo que ellos han olvidado: como ellos, no atiende más que al drama de los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares; la acción del legislador; la evolución de los principios y de los caracteres que imprimen a las instituciones.

Maquiavelo aleja finalmente de su estudio, si no la vida moral, que reduce por lo demás a la práctica de las virtudes cívicas, al respeto por la ley y por las tradiciones y prácticas religiosas cuya conservación juzga necesaria el Estado para su propio mantenimiento, por lo menos toda la vida intelectual. El esfuerzo de las generaciones humanas para comprender el mundo y comprenderse

7 SABINE, George H. Historia de la Teoría Política. México, F. C. E., 1982. p. 252.

a sí mismas no le interesa. Arte y letras, trabajo del espíritu y del pensamiento, son para Maquiavelo terrenos donde personalmente, como autor de relatos y comedias, como poeta, incluso como teórico de doctrinas políticas, pudo buscar y obtener un rango eminente; terreno, sin embargo, donde la ciencia histórica, para él, no tiene ninguna razón para aventurarse.

Maquiavelo pensó que la creación de un Estado unitario y nacional en Italia, o más simplemente, la reforma de la constitución florentina, sólo podía fundarse sobre una política positiva. Desde el comienzo del *Discurso* definió esta política como una nueva ciencia, con el orgullo de seguir una vía que nadie todavía había hallado:

"... ho deliberato entrare per una via la quale non essendo stata per ancora da alcuno pesta, se la mi arrecherà fastidio e difficoltà,...".⁸

Maquiavelo no es, sin embargo, un verdadero técnico de la política. Se eleva a una visión general de la evolución humana, pero, hemos dicho, no considera ni la sucesión de formas económicas o sociales, ni el progreso del espíritu. Hombre de Estado, político, sólo desea estar atento a los destinos de los Estados, a las vicisitudes de las formas políticas. Pensamos que es bien acertado el juicio que emite Sabine:

"Los escritos políticos de Maquiavelo pertenecen más bien a la literatura diplomática, de la que hay abundantes muestras debidas a los escritores italianos de la época, que a la teoría política... Además, no puede calificársele de científico en sentido propio, aunque su juicio se formaba empíricamente, por la observación de los gobernantes que había conocido o por el estudio de los ejemplos históricos. Pero su empirismo era de sentido común o de astuta previsión práctica y no un empirismo inductivo dominado por el deseo de comprobar teorías o principios generales".⁹

8 MACHIAVELLI, N. Op. Cit. p. 143.

9 SABINE, George H. Op. Cit. p. 254-6.

En efecto, el juego diplomático no se ha desarrollado nunca con mayor dureza que en las relaciones entre los estados italianos de la época de Maquiavelo. Nunca han contado más los cambios y vueltas de las negociaciones que entre aquellos gobernantes, todos ellos aventureros, que basaban sus éxitos por igual en la habilidad del juego y la fuerza menos disimulada. Los escritos de Maquiavelo tienen méritos y defectos característicos. Se encuentra en ellos una situación política, el juicio más claro y más frío respecto a los recursos y la posición de un adversario, la apreciación más objetiva de las limitaciones de una política, el más firme sentido común en la previsión de la lógica de los acontecimientos y el resultado de una determinada política.

Del mismo modo es equívoco sostener que Maquiavelo seguía un método "propiamente histórico", porque sus ejemplos están tomados con frecuencia del pasado. Ya nos hemos referido más arriba del límite de su método, de cómo utilizaba la historia lo mismo que sus propias observaciones para dar ejemplos o apoyar conclusiones a las que había arribado.

Como los filósofos antiguos, como Platón y Aristóteles, como los teólogos de la Edad Media, Maquiavelo se había planteado, entonces, el problema del buen gobierno. Ninguno de ellos dudaba que la cuestión fuera de orden moral. Cristianos habían pedido solución a la moral cristiana. Maquiavelo reduce la política al arte de captar, cultivar y ordenar las fuerzas en juego, tan al margen de la ética pagana como del cristianismo. En Maquiavelo se ve bien claro lo que dice Catlín:

"El centro de gravedad de la cultura se había desplazado definitivamente del otro a este mundo; de la teología a la política".¹⁰

Entre todos los espíritus del Renacimiento italiano, Maquiavelo es el más ajeno al Evangelio, el menos accesible

10 CATLIN, George G. Op. Cit. p. 220.

a esa fe de la que Dante vive, el más indiferente a la moral cristiana, a la que acusa de haber debilitado la energía de carácter de los hombres de su tiempo. Ya hemos señalado que sólo ve en la religión un instrumento en manos del hombre de Estado. Asimismo, las virtudes que exaltan los humanistas sólo tienen valor como medios que el hombre de Estado puede utilizar. Una política que subordina a sus fines el derecho y la moral, valora y calcula exactamente los medios, considera los sentimientos o pasiones de los hombres, sus creencias o sus ideas, únicamente como un simple dato para medir las fuerzas o debilidades que pueden ayudar o contrariar su juego. La política se propone un solo objetivo: la fundación del Estado, la conservación, el desarrollo, la grandeza del Estado. Dicha política se define y desarrolla para sostener una concepción republicana del Estado, en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Más desnuda, apretada y resueltamente simplificada, se ofrece en el libro del *Príncipe* a servir a una monarquía que todavía no se ha llegado a fundar. Pero el Estado es siempre aquí un hecho histórico e impuesto por lo real. En efecto, Maquiavelo funda el Estado sobre un hecho histórico que es, a la vez, de orden material y espiritual: la existencia de la nación. Imagina un Estado nacional, todavía no definido con la suficiente claridad como para poder recibir en él a todos los pueblos de Italia, bastante fuerte al menos para poder atraerlos y conducirlos, para rechazar las invasiones extranjeras, para asegurar la salvaguarda de esa patria italiana cuya imagen parece ya haber entrevisto Petrarca.

Con este fin político se ha lanzado Maquiavelo a investigar sobre el espíritu de las leyes que regulan el gobierno de los pueblos, la fundación y conservación de los Estados. Con este mismo fin político se ha dirigido Maquiavelo a crear, a la vez, la crítica del pasado ambiguo y el estudio de esos tiempos modernos durante mucho tiempo despreciados. Su experiencia de los asuntos contemporáneos le llevó a la comprensión de ese pasado. Además se supo poner en situación de solazarse con el espectáculo que los acontecimientos iban desarrollando ante sus ojos, lo que le condujo a la comprensión del mundo moderno.

Así, pudo confrontar, como él mismo dijo, una lectura ininterrumpida de las cosas antiguas con una larga experiencia de las cosas modernas. Leemos sus propias palabras en la dedicatoria a Lorenzo de Médicis en *El Príncipe*:

"... non ho trovato intra la mia suppellettile cosa quale io abbia piú cara o tanto existimi, quanto la cognizione delle azioni delli uomini grandi imparata con una lunga esperienza delle cose moderne et una continua lezione delle antique...".¹¹

Veamos ahora qué es la realidad histórica para Maquiavelo. Piensa que ésta se presenta ante nuestra mirada como caótica, inconexa, como si en ella sólo rigiera el azar y lo fortuito. Pero esto es sólo una apariencia. Bajo esta apariencia él percibe en la historia un orden profundo, una ordenación lógica con leyes y principios rigurosos, tan rigurosos como las leyes y principios que rigen el mundo de la naturaleza. De este modo, Maquiavelo historiador, estudia la aparición de las formas políticas, investiga las causas internas y externas que producen su decadencia, intenta captar las leyes que, a través del mundo antiguo y moderno, determinan su nacimiento y evolución. Según sus propias palabras:

"... infiniti che leggono, pigliano piacere di udire quella varietà degli accidenti che in isse si contengono, senza pensare altrimenti d'imitarle, giudicando la imitazione non solo difficile, ma impossibile; come se il cielo, o il sole, gli elementi, gli uomini fossero variati di moto, di ordine e di potenza da quello ch'egli erano anticamente".¹²

Maquiavelo sólo se preocupa de definir los principios en virtud de los cuales los hechos particulares se ven ilumi-

11 MACHIAVELLI, N. *Il Principe*, en *Il Principe e le Deche*. Milano, Istituto Editoriale Italiano, s/f. p. 59.

12 MACHIAVELLI. N. *Op. Cit.* p. 144.

nados por la inteligencia. Contempla cómo las repúblicas y monarquías nacen, crecen, se hacen ocultas, perecen y se restauran, según ciertas leyes históricas, de la misma manera que el naturalista observa el desarrollo de tales órganos o tales funciones según las leyes de la fisiología. Con idéntica objetividad examina los casos históricos presentados por el nacimiento, la creación o la reforma de un Estado autoritario o republicano. Este estudio crítico de los hechos puede fundar una técnica de gobierno segura hasta lograr un carácter de perennidad, en armonía con la perennidad de las leyes naturales y de los caracteres esenciales de la especie humana. Nos dice en los *Discursos*:

"... gli uomini... nacquero, vissero, e morirono sempre con un medesimo ordine".¹³

Maquiavelo, que hace una historia sin Dios, considera que las leyes rectoras del mundo histórico provienen de la manera de ser del hombre, de su propia naturaleza. A pesar de los cambios, de lo discontinuo, hay algo que se mantiene constante en la historia: la naturaleza del hombre, que es invariable, permanente. Los hombres pasan y la historia cambia, pero la naturaleza humana permanece invariable en la historia. Nos dice:

"Sogliono dire gli uomini prudenti, e non a caso nè immeritamente, che chi vuol vedere quello che ha ad essere, consideri quello che è stato: perchè tutte le cose del mondo in ogni tempo hanno il proprio riscontro con gli antichi tempi. Il che nasce, perchè, essendo quelle operate dagli uomini, che hanno ed ebbero sempre le medesime passioni, conviene di necessità che le sortiscano il medesimo effetto".¹⁴

Justamente, esa naturaleza del hombre, constante y universal, jugando en la historia, es lo que lleva al eterno

13 Ibid., p. 179.

14 MACHIAVELLI, N. Op. Cit. p. 479.

retorno de las cosas, como ley que se cumple inexorablemente. Aquí también Maquiavelo se aparta de la concepción cristiana que afirmaba la progresión de los acontecimientos en la historia hacia un fin que era el advenimiento del reino de Dios. El, por el contrario, se adscribe al esquema griego del ciclo. Hay un indefinido sucederse de civilizaciones que pasan siempre por las mismas etapas. Esta es la gran ley de la historia que se cumple tan rigurosamente como cualquier ley natural. Pero donde con mayor claridad ve Maquiavelo la recurrencia de lo histórico es en la vida institucional de los pueblos. Hay en todo estado un suceder de etapas que conforman un ciclo que es siempre el mismo y como tal se repite. Retoma, como ya hemos visto, el concepto clásico del ciclismo y, al igual que los griegos, lo aplica a las formas de gobierno que se suceden según una ley inmutable. Las tres formas puras: monarquía, aristocracia y democracia, y las tres formas degradadas: tiranía, oligarquía y demagogia, se suceden necesariamente en un orden fijo. Leemos en *Discursos*:

"E questo è il cerchio, nel quale girando tutte le repubbliche si sono governate e si governano; ma rade volte ritornano ne governi medesimi, perchè quasi nissuna repubblica può essere di tanta vita, che possa passare molte volte per queste mutazioni, e rimanere in piedi. Ma bene interviene che nel travagliare una repubblica, mancandole sempre consiglio e forze, diventa suddita d'uno Stato propinquo che sia meglio ordinato di lei; ma dato che questo non fusse, sarebbe atta una repubblica a rigirarsi infinito tempo in questi governi".¹⁵

Es decir, si en un Estado no encontramos todas las etapas, no es porque la ley no se cumpla, sino porque el Estado ha desaparecido antes de completar el ciclo pasando por todas las etapas. Estas formas de gobierno son tomadas de Platón y Aristóteles, pero interpretadas y combinadas como elementos de la dinámica a la manera de Polibio, quien, a pesar de no ser nunca mencionado

¹⁵ MACHIAVELLI. N. Op. Cit. p. 152.

por Maquiavelo, es evidentemente el autor de la concepción.

Señalamos antes el carácter pragmático que para Maquiavelo tiene el conocimiento de la historia. Aquí, precisamente, está el fundamento de ese pragmatismo. Si el suceder histórico se repite, es evidente que el conocimiento del pasado es una permanente lección útil para el presente y para el futuro. Si conocemos cuáles son los efectos que determinadas causas produjeron en el pasado, sabremos pues, cuáles son los efectos que esas mismas causas producirán en el presente y en el futuro. Esto lo expresa claramente en los *Discursos*:

"E' si conosce facilmente per chi considera le cose presenti e le antiche, come in tutte le città e in tutti i popoli sono quelli medesimi desideri e quelli medesimi umori, e come vi furono sempre".¹⁶

Notemos cómo en este texto ha recalcado la presencia de deseos y pasiones humanas. Maquiavelo tiene muy triste opinión de la naturaleza humana universal y permanente. Para él los hombres son mediocres, ingratos, volubles y movidos siempre por la insatisfacción y una enfermiza pasión por los cambios. Es por eso que el personaje de *El osno de oro* prefiere continuar entre los cerdos antes que retornar a su antigua condición humana. Es su inconformable pesimismo, lo que lleva a Maquiavelo en *El Príncipe* a hacer la apología de los regímenes fuertes y autoritarios, como único medio de frenar la maldad natural de los hombres.

Esto nos lleva a considerar otro de los aspectos del pensamiento histórico de Maquiavelo. Es típico del Renacimiento la exaltación que el hombre "secularizado y autónomo" hace de su querer voluntarioso, es decir la fuerza de su voluntad que asegura su acción en la historia. Entremos ahora en aquel tema que se refiere a la génesis de los acontecimientos, a los factores que desencadenan los hechos históricos y al papel que en ellos juega el hombre.

Por un lado reconoce esa fuerza de voluntad que

16 Ibid., p. 231.

permite al hombre actuar en la historia. Hay hombres que pueden tener una capacidad de eficacia en la acción, capacidad que él designa con la palabra "virtú". Es una "virtú" que nada tiene que ver con el concepto de la virtud cristiana. Para Maquiavelo la "virtú" es un compuesto de aptitudes, es la capacidad que hace obrar con eficacia a algunos hombres e incluso a algunos pueblos y que les permite destacarse, sobresalir sobre el conjunto e imponer su voluntad al rumbo de los hechos históricos. En fin, se traduce en efectividad en la acción, en la política sobre todo.

De acuerdo a esto parecería que Maquiavelo reconoce la libertad del hombre, su libertad de acción, o al menos, la libertad de ciertos hombres, de aquellos que poseen la fuerza de su propia "virtú". Pero en realidad Maquiavelo hace jugar a la libertad humana en la historia enfrentándola con las fuerzas que la limitan, con las fuerzas que son la negación de la libertad.

Nos preguntamos, entonces, cuáles son esas fuerzas que limitan el libre accionar de la "virtú", la voluntad de acción del hombre.

La primera ya la hemos visto: es la historia, la historia misma que encierra al hombre en esa ley fatal e ineludible de la repetición, la recurrencia, el ciclo. Pero no es ésta la única valla para el libre accionar del hombre. Maquiavelo agrega la idea de fortuna, rescatada también del pensamiento histórico de los clásicos y que tanta importancia tiene en Polibio, por ejemplo. En algunos pasajes de Maquiavelo, la fuerza de la fortuna adquiere tal valor que pareciera ser un sucedáneo de la Providencia cristiana. Es la fuerza que dirige a los hombres, que los acerca, y contra la que no caben resistencias. Nos dice:

"Fa bene la fortuna questo, che ella eleggere un uomo, quando ella voglia condurre cose grandi, di tanto spirito e di tanta virtù che è conosca quelle occasioni che ella gli porge. Così medesimamente, quando ella voglia condurre grandi rovine, la vi prepone uomini che aiutino quella rovina. E se alcuno fusse che vi potesse ostare, o la lo ammazza,

o lo priva di tutte le facultà da poter operare alcun bene".¹⁷

Pero a pesar de este pasaje y de otros similares que encontramos en todas sus obras, en general, no podemos afirmar que Maquiavelo haya tenido una idea perfectamente clara del valor de esta fuerza que escapa a su interpretación inmanente de la historia. Más bien la fortuna se configura con una personalidad imprecisa. A veces es el mero azar, otras es una especie de inteligencia directora cuyos designios se ocultan al hombre. Es decir le adjudica a la fortuna todo lo imprevisto, todo cuanto escapa al cálculo o a la previsión humana. Pero lo realmente interesante es cuando Maquiavelo enfrenta a la fortuna con la fuerza y voluntad del hombre, con su "virtú". El hombre, si bien no puede cambiar los designios de la fortuna, haciendo uso de su "virtú" podrá aprovechar lo que ella ha establecido, podrá secundarla, contrarrestarla. Esto es lo que dice en una de las partes más conocidas de *El Príncipe*:

"... molti hanno avuto et hanno opinione, che le cose del mondo sieno in modo governate dalla fortuna e da Dio, che li uomini con la prudenzia loro non possino correggerle, anzi non vi abbino remedio alcuno; e per questo potrebbono iudicare che non fussi da insudare molto nelle cose, ma lasciarsi governare alla sorte. Questa opinione è suta più creduta ne' nostri tempi per la variazione grande delle cose che si sono viste e veggonsi ogni dì, fuora d'ogni umana coniettura. A che pensando io qualche volta; mi sono in qualche parte inclinato nella opinione loro. Non di manco, perchè el nostro libero arbitrio non sia spento, iudico potere esser vero che la fortuna sia arbitre della metà delle azioni nostre, ma che ancora lei ne lasci governare l'altra metà, o presso, a noi. Et assomiglio quella a uno di questi fiumi rovinosi, che, quando s'adirano, allagano e' piani, ruinano li arberi e li adifizii,

17 MACHIAVELLI, N. Op. Cit. p. 361.

lievono da questa parte terreno, pongono da quell'altra: ciascuno fugge loro dinanzi, ognuno cede allo impeto loro, senza potervi in alcuna parte obstar. E, benchè sieno così fatti, non resta però che li uomini, quando sono tempi quieti, non vi potessino fare provvedimenti e con ripari et argini, in modo che, crescendo poi, o andrebbero per uno canale, o l'impeto loro non sarebbe nè sì licenzioso nè sì dannoso. Similmente interviene della fortuna; la quale dimostra la sua potenza dove non è ordinata virtù a resisterle, e quivi volta li sua impeti, dove la sa che non sono fatti li argini e li ripari a tenerla".¹⁸

De esta manera, Maquiavelo resguarda, reivindica una parte de la libre acción del hombre en la historia. La voluntad humana no podrá contradecir los dictados de esa fuerza imprevisible que es la fortuna, pero la fuerza de la "virtú" podrá sí acomodar su acción inteligentemente a las condiciones que la fortuna va presentando.

Hay, además, una tercera fuerza que Maquiavelo considera como una limitación a la libertad del hombre, o mejor, a la libre acción de la "virtú" en la historia: es la necesidad. La necesidad surge de las circunstancias dadas en el momento de la acción: es el conjunto de condiciones del medio y el momento en que el hombre vive. Estas condiciones son el punto de partida, los estímulos que en gran parte llevan al hombre a obrar decididamente e imprimir cambios en el desarrollo histórico. Por eso, considera Maquiavelo, no es sólo una limitación lo que impone la necesidad, antes bien, la necesidad ejerce una función estimulante en el accionar del hombre. Es, lejos de un impedimento o un obstáculo, un estímulo eficaz para la acción provechosa. En un pasaje de los *Discursos* nos dice:

"... gli uomini operano o per necessità o per elezione, e perchè si vede quivi essere maggior

18 MACHIAVELLI, N. Op. Cit. p. 132.

virtù, dove la elezione ha meno autorità, è da considerare se sarebbe meglio eleggere;...".¹⁹

Virtú, fortuna y necesidad son, pues, para Maquiavelo los tres factores del suceder histórico, las tres fuerzas que engendran los acontecimientos. De ellos, la "virtú", esa capacidad especial que tienen los hombres de ejercer su voluntad traducida en una acción eficaz, se ve siempre obligada a contar con las limitaciones que le ofrecen las otras dos fuerzas que juegan en la historia: fortuna y necesidad, y a ellas agregamos la historia misma con la fatal e ineludible ley que la rige y que lleva a la reiteración, la repetición de los hechos a través del ciclo.

Entonces, hemos tratado de señalar cuáles son los principios fundamentales del pensamiento histórico de Maquiavelo, que si bien no están perfectamente sistematizados a la manera de una verdadera filosofía de la historia, subyacen como fundamento de todas sus obras, tanto históricas como políticas.

La sujeción de la historia a lo político que observamos en toda su producción, como también una permanente intención pedagógica; este buscar en la historia la confirmación de sus propias doctrinas políticas, ha hecho que sus obras no alcanzaran el vuelo histórico que sus dotes de historiador podrían hacer suponer. Le faltó intención de sumergirse en el pasado para vivirlo y revivirlo, lo que constituye la pasión de todo verdadero historiador. Y si lo hizo, fue siempre acuciado por los problemas de la realidad viva y envolvente de su época, de esa época italiana cuyos males quiso superar.

En efecto, Maquiavelo, como hemos ido señalando a lo largo de este trabajo, realiza el análisis de los problemas planteados por la necesidad de curar las miserias de Italia. El problema militar, el que exige más urgente solución, le lleva al problema político; el problema político, al problema social; el problema social, al problema moral y religioso. Ante su mente se reconstruye un mundo nuevo.

¹⁹ MACHIAVELLI, N. Op. Cit. p. 146-7.

No se le oculta lo que exige la creación en Italia de un Estado nacional, bastante fuerte para resistir a los extranjeros. Abolición o debilitamiento definitivos de la autoridad imperial; abolición o debilitamiento definitivos del poder temporal de los papas; desaparición, supresión de los pequeños Estados sin vigor ni futuro, de la mayor parte de las ciudades republicanas y los señoríos; desaparición, supresión de todo lo que queda del pasado feudal, o por lo menos imposición a los nobles de la disciplina de un gobierno civil y de la autoridad del Estado.

No nos puede extrañar ahora que Maquiavelo al hacer historia no haya podido desprenderse de su presente. No obstante debemos reconocer los esfuerzos teóricos por fundar una ciencia nueva. Nos dice Renaudet:

"La grandeza de Maquiavelo no está, pues, ni en lo que hizo,... a menudo discutible, ni en lo que quiso hacer, ya que sus proyectos de acción, florentina o italiana, fueron igualmente ilusorios... No está siquiera en su obra, compuesta esencialmente por un libro inacabado de filosofía histórica, y un vigoroso tratado de política, pero discutido y discutible, y que, bien mirado, resulta incompleto y sumario... La grandeza de Maquiavelo reside en su análisis de los hechos que forman la trama de la política, en su análisis de las instituciones y las leyes, del espíritu de las leyes y del espíritu de las instituciones; en el esfuerzo que realizó para construir,... la ciencia de la política".²⁰

La obra de Maquiavelo no se sostenía en una dialéctica de ideas puras. Se nutría de historia y sagacidad crítica. Únicamente la doble luz de la historia que creyó saber y de la historia en que se mezcló activamente permiten comprender el origen, la seguridad dogmática y las incertidumbres de su pensamiento.

20 RENAUDET, Agustín. Maquiavelo. Madrid, Tecnos, 1965. p. 134-5.